

Una vida. UNA NOVELA

JANE WYMAN

EMPEZO COMO
CORISTA, PERO
NO ERA BONITA

...
SUS GRANDES
EXITOS:

BELINDA
OBSESION

...
DOS ERRORES
CONYUGALES





¡Está a la venta!

BURT LANCASTER.— Fue acróbata de circo hasta que un accidente le dejó inútil para esta profesión. Durante la guerra hizo teatro para los soldados de los frentes europeos. Últimamente, ha logrado el sueño de su vida: producir e interpretar una película en la que encarna a un trapealista de circo, reviviendo así sus años juveniles.

¡De próxima aparición!

JEFF CHANDLER — Siendo niño prometió a su amiguita Susan Hayward que ambos llegarían a ser grandes estrellas de la pantalla. La promesa se ha cumplido. Pero no ha acudido a la cita la felicidad que esperaban encontrar en la cumbre de la fama. Con el hogar destrozado, Jeff busca a la mujer de su vida, oscilando entre Susan Hayward y Gloria de Haven.



BETTY GRABLE.— Los padres de Betty no estuvieron de acuerdo sobre el camino que debía seguir la muchacha. El quería que fuese una tranquila ama de casa; ella, convertirla en célebre bailarina. Hollywood fue el juez que puso fin a la discusión. Un primer fracaso amoroso —que terminó en divorcio— dio a Betty una marcada desconfianza hacia todos los hombres.



UNA VIDA, UNA NOVELA

JANE WYMAN

- Desde niña, luchó inútilmente para entrar en los estudios cinematográficos.
- Se hizo famosa cantando en la radio antes de darse a conocer como actriz.
- Los productores tardaron años en advertir sus cualidades.

Volumen n.º 38

de la Colección de Biografías
«UNA VIDA, UNA NOVELA»

VOLUMENES PUBLICADOS

- | | |
|-----------------------|----------------------|
| 1. MARLON BRANDO | 22. RITA HAYWORTH |
| 2. JOHN WAYNE | 23. TYRONE POWER |
| 3. HEDY LAMARR | 24. JUDY GARLAND |
| 4. ERROL FLYNN | 25. KIRK DOUGLAS |
| 5. MONTGOMERY CLIFT | 26. AUDREY HEPBURN |
| 6. MARILYN MONROE | 27. VITTORIO GASSMAN |
| 7. GARY COOPER | 28. JOAN CRAWFORD |
| 8. ELIZABETH TAYLOR | 29. RAF VALLONE |
| 9. ROCK HUDSON | 30. INGRID BERGMAN |
| 10. GINA LOLLOBRIGIDA | 31. JAMES STEWART |
| 11. CLARK GABLE | 32. BETTY HUTTON |
| 12. LESLIE CARON | 33. JOSEPH COTTEN |
| 13. GREGORY PECK | 34. LORETTA YOUNG |
| 14. GRACE KELLY | 35. GLENN FORD |
| 15. FRANK SINATRA | 36. IANA TURNER |
| 16. SILVANA MANGANO | 37. BURT LANCASTER |
| 17. VAN JOHNSON | 38. JANE WYMAN |
| 18. AVA GARDNER | DE PROXIMA APARICION |
| 19. ALAN LADD | 39. JEFF CHANDLER |
| 20. SUSAN HAYWARD | 40. BETTY GRABLE |
| 21. ROBERT TAYLOR | |

¡PIDALOS EN SU KIOSCO!

(De no hallar el título que le interese, solicítelo a esta Editorial enviando el importe en sellos de Correos).

Derechos reservados. Copyright by Ediciones Cinematográficas, Spain

EDICIONES CINEMATOGRAFICAS

ZONDA SAN PEDRO, 56 - BARCELONA (ESPAÑA)

UNA niña fea. Si, al parecer, irremisiblemente fea para cuantos la rodeaban; por lo menos, para sus hermanos, burlones y hasta un poco crueles, todo lo crueles que, a veces, pueden ser los chiquillos. Fea le llamaban porque no se fijaban en el brillo maravilloso de sus ojos, ni en la expresión bondadosa y hasta, en ciertos momentos, chispeante de su rostro, animado por una gran movilidad cambiante según los pensamientos de su mente o los sentimientos de su alma. Pero esto no lo veían los demás, no lo veían sus hermanos para quienes la nariz respingona y la boca grande de Sarah Jane eran blanco inagotable de burlas y chirigotas.

Un día, aquel día, la pequeña Sarah Jane estaba acaso más fea que de costumbre. Tenía los ojos hinchados de llorar; la expresión de su cara era triste, desolada: esa impresión de desamparo propia del chiquillo que, por primera vez, ve entrar en su casa la sombra implacable de la muerte.

La muerte había arrebatado a su hermanito Morney, y su madre no le permitió ir al entierro. ¡Era tan pequeña todavía! Pero Sarah Jane hubiera querido acompañarle hasta el último instante porque le quería más que a ninguno de cuantos seres vivían a su alrededor. Mientras vivió, el muchacho había sido el mejor apoyo y estímulo de la niña, el que la defendía contra las burlas de los demás y, cuando adivinaba las lágrimas a punto de asomar a sus ojos, le decía:

—¡Qué tonta eres! Te dicen todo eso porque saben que lo tomas en serio... Les divierte hacerte rabiar, ¿no lo comprendes? Pero yo te aseguro

que eres bonita, muy bonita... Claro que de otro modo que la mayoría de las chicas. Y aunque no lo fueras, tienes esa gracia para bailar que las demás no tienen. Y una voz preciosa, créeme, Sarah Jane.

Era verdad que Sarah Jane Fulks tenía desde la primera infancia aptitudes extraordinarias para la danza, así como una voz muy linda. Había nacido la niña un 4 de enero, en San José, Missouri, hija de un padre algo fantástico y aventurero, que unas veces se ocupaba activamente de política, durante algunas temporadas era jefe de detectives y en los ratos de ocio se entregaba con pasión a la agricultura. La esposa de mister Fulks, madre de la pequeña Sarah Jane, y de toda su caterva de hermanos, había nacido en Saarbrücken, Alemania, siendo Emma Reise su nombre de soltera. Niña todavía se había trasladado con sus padres a los Estados Unidos. Se casó muy joven; no podía recordar nada de la patria familiar y, sin embargo, su mente y su corazón evocaban siempre visiones de países lejanos, de románticos castillos a orillas de los ríos y, sobre todo, de deliciosas músicas remotas. La música era la pasión de Emma Reise, pasión que no logró transmitir a ninguno de sus hijos, hasta que la pequeña Sarah Jane empezó a dar muestras de su sensibilidad para el divino arte.

Sin embargo, ni el ambiente ni la vida que la familia Fulks llevaba en su pequeña ciudad del Missouri, parecían favorables al desarrollo de una gran personalidad musical. Por otra parte, la pequeña Sarah Jane mostraba también extraordinarias facultades coreográficas.

—¿Conocéis a la pequeña de los Fulks? —se

decían unas a otras las vecinas—. Sí, esa delgaducha, fea, de la boca grande... ¿La habéis visto bailar? Es una maravilla, un portento...

Por aquel entonces, otro portento infantil asomaba a las pantallas del mundo, embobando a las mamás sentimentales y admirando a las niñas soñadoras. Era ésta Shirley Temple, la pequeña estrella de la pantalla, lanzada por la Fox con un lujo de publicidad verdaderamente extraordinario. Las amigas de mistress Fulks corrieron a casa de su favorita niña prodigio y llenaron la cabeza de la tierna y entusiasta madre de proyectos y fantasías para el futuro.

—¿Pero tú no has visto ninguna película de Shirley Temple? No vale ni la mitad que tu hija. Créeme: tienes en la voz y en las piernas de la pequeña Sarah Jane muchos millones de dólares que ganar. A condición, naturalmente, de llevarla a Hollywood. ¡Sólo allí se aprecian los verdaderos méritos de una artista! Y es indudable que tu hija podría serlo, si tú te lo propones...

Mistress Fulks escuchaba indecisa estas fantasías. De una parte, la espoleaba la ambición, el sueño de hacer de su hija nada menos que una estrella de la pantalla; de otra parte, al contemplar la nariz chata y la boca grande de Sarah Jane, movía la cabeza con un gesto dudoso.

—No, no. No debo pensarlo siquiera. Shirley Temple es rubia, blanca y muy bonita... Mi hija es fea... no podemos engañarnos.

—Pero tiene gracia... y talento. Y baila muy bien.

—Sí, es verdad que baila de una manera encantadora...

Total: que mistress Fulks y su hija Sarah Jane

fueron a parar a Hollywood. El pretexto del viaje fue visitar a unos parientes más o menos lejanos; pero la verdadera razón era el vivo deseo de Emma de que su hija llegara a ser una segunda Shirley Temple. Tenía entonces Jane ocho años. Era, sin duda, una artista en potencia... pero nadie lo supo ver. Ningún director de fama la descubrió y se dio el caso de que ni ella ni su madre tuvieron ocasión jamás de acercarse siquiera a los Estudios. Mistress Fulks podía ser una madre ilusionada, pero no dejaba por ello de ser una mujer de buen sentido; además, tenía una alta idea de la perfección artística y le gustaba hacer bien las cosas. Una tarde, inesperadamente, a los pocos meses de su llegada a Hollywood, la vieron sus parientes hacer las maletas con su ropa y la de la niña a toda prisa.

—Pero, ¿cómo? ¿Vas a dejarnos? ¿Nos privas tan pronto de la compañía de la simpática Sarah Jane? No lo hagas, Emma... No te desanimes... Tal vez el mes que viene, o el año que viene... encontrarás una oportunidad para la pequeña... Por nuestra parte, ya sabes que estamos encantados de teneros aquí... Sin vosotras, volveremos a estar tan solos...

—Lo sé y os estoy muy agradecida —repuso la buena señora—, pero yo no puedo esperar años... ni meses... ni siquiera semanas... Tengo un hogar que me necesita y, además, creo que es mejor así. Sarah Jane es muy pequeña aún; su educación cultural y artística es todavía deficiente... Y es fea, para colmo... Sólo desarrollando a fuerza de estudio y trabajo una personalidad artística sobresaliente, podrá hacer olvidar a las gentes lo irregular de sus facciones... Forzarla a aparecer

ahora en la pantalla, sería quizá malograr su carrera futura. Lo mejor es volver a casa.

* * *

Y a San José regresaron nuevamente madre e hija. Emma desilusionada y un tanto enojada por haber hecho caso de los consejos y entusiasmos de sus vecinas y amigas; Sarah Jane más replegada en sí misma que nunca. El complejo de su fealdad iba tomando cuerpo, en la niña, cada vez con más fuerza... Y ahora no tenía a Morney a su lado para ayudarla. Sus otros hermanos la recibieron como era de esperar, con burlas y palabras crueles. Ante las quejas de su madre, el mayor se limitó a decir:

—Pero, mamá, ¿de qué te quejas? ¿Qué podías esperar que ocurriera en Hollywood? Esa idea de convertir a la pobre Sarah Jane en una segunda Shirley Temple, me pareció siempre disparatada... ¿Cómo va a ponerse la niña a hacer monadas ante la pantalla, con esa carita que tiene? El cine aumenta las facciones... Con que, tú verás... La nariz y la boca de Sarah Jane no son lo que se dice muy fotogénica... ¿no crees? Yo estoy seguro de que la niña puede llegar a ser una estupenda bailarina... Pero no una estrella de cine. Para eso, hay que ser muy bella... como lo es Shirley Temple. Y nuestra Sarah Jane, mamá, es fea...

«¡Morney, oh, Morney! ¿Por qué no estás a mi lado? ¿Por qué te fuiste dejándome tan sola?» Arrebuja entre las sábanas, con la cabeza escondida debajo de la almohada, la pequeña Sarah Jane lloró aquella noche lágrimas amargas, lla-

mando a su hermano... Se sentía como perdida sin él y completamente sola en medio de su numerosa familia. Sólo él había sabido comprenderla, sólo él la había amado realmente... «Fea, fea, fea...», se repetía la niña, una y otra vez. «Si Morney estuviera aquí...» Ansiosa, en el silencio de la noche, Jane callaba aguardando oír la voz de su hermano, infundiéndole, como antaño, ánimo y aliento. Pero la noche estaba implacablemente silenciosa. En la semi inconsciencia del sueño, sin embargo, le pareció oír a Morney, diciéndole: «No, no, Sarah Jane: tú no eres fea... Ellos no saben comprender, no saben ver todo lo hermoso que hay en ti... Pero yo sí lo veo, yo sé que tu alma es hermosa y que cuando logres liberarla de esa idea absurda de fealdad, asomará a tu rostro y lo tornará más bello que el de ninguna otra muchacha... ten fe en ti misma, Jane... y vencerás...».

Aquel sueño — ¿o fue realmente la voz de Morney la que llegó hasta ella? — fue un gran consuelo para Jane. Estimulada por las palabras que creía haber oído a su hermano, la niña se esforzó en no pensar más en su naricilla respingona ni en su boca demasiado grande. Rehuía los espejos y soportaba con un estoicismo realmente asombroso las burlas de sus hermanos mayores. Durante algunos años estudió canto y baile, perfeccionándose cada vez más y especializándose sobre todo en las melodías modernas, a las que sabía imprimir un deje verdaderamente personal e inédito.

A los quince años se propuso dar su segunda batalla en Hollywood. No hizo caso de las advertencias de su madre ni de sus hermanos. Se tras-

ladó a casa de sus parientes e ingresó como estudiante en la Escuela Superior de los Angeles. Durante los cuatro años que duraron sus estudios, luchó con denuedo para obtener un papel en alguna película... Hollywood le debía ese desquite... La jovencita, que era ahora Jane, no había podido olvidar el fracaso y el dolor sufrido por la niña que llegó por vez primera a la ciudad del cine, cargada de ilusiones y esperanzas... Hollywood la había rechazado entonces o, lo que es peor aún, había ignorado por completo su existencia... Ahora Jane quería, a toda costa, imponerse, triunfar. Tenía que demostrarles a sus hermanos — y también un poco demostrárselo a sí misma — que también se podía triunfar en el cine no siendo una mujer hermosa... «Para ser estrella hay que ser muy bella...», había dicho su hermano, sin el más leve asomo de piedad. Pues bien, ella, la pequeña, la insignificante, la fea Sarah Jane iba a demostrarles cómo también se podía triunfar en el cine... aun teniendo aquella condenada nariz.

Había hecho de ello cuestión de amor propio y por nada del mundo cejaría en su empeño. Día tras día frecuentó los Estudios, respondió a cuantos anuncios se publicaban solicitando extras para tal o cual película... Pero todo lo que obtuvo fue un papel ocasional, como ballarina, en el coro de una película musical. Después... nada otra vez. Este nuevo fracaso la desmoralizó por completo. Sabía que era una buena ballarina, y no le hubiera costado trabajo colocarse como tal en algún club nocturno o en un teatro de revista... pero no se resignaba a ser nada más que eso. «Tengo que lograrlo — se decía —. Tengo que lle-

gar a ser una estrella famosa... Si Morney viera, él sabría indicarme cuál es el mejor camino a seguir para lograrlo...».

Por el momento, el camino mejor era regresar a casa, al Missouri. Esta vez sus hermanos no la recibieron con burlas... Había tal desolación en la mirada de Sarah Jane al bajar del tren, en la pequeña estación de San José, que nadie se atrevió a hacerle el menor reproche. Su madre extremó con ella mimos y atenciones; sus hermanos se desvivieron por distraerla y llevarla a fiestas y reuniones.

Cierta noche, su hermano mayor la llevó a una pequeña reunión que se celebraba en casa de unos amigos. Durante la noche, Sarah Jane se mantuvo, como de costumbre, alejada de la gente joven. No le gustaba mezclarse con las chicas bonitas, y en cuanto a los muchachos ni siquiera se fijaban en ella. A medianoche uno de los invitados, informado por Hermann de que Sarah Jane cantaba maravillosamente las canciones populares, le rogó que animara la fiesta, cantando para ellos. Jane intentó en vano rehuir el compromiso... Su hermano no se lo consintió:

—Les he dicho a todos que sabías cantar como nadie las melodías modernas... no irás a hacerme quedar mal delante de mis amigos, ¿verdad? Vamos, no te pongas tonta... y canta. ¿Qué trabajo te cuesta? Además, ¿ves aquel señor que está allí, junto al bar? Es nada menos que un alto empleado de la Radio... Si le gusta tu forma de cantar... a lo mejor te contrata para su emisora. ¿Crees que vale la pena despreciar una oportunidad así, por un estúpido complejo?

Sarah Jane miró a su hermano con los ojos

muy abiertos. ¿Complejo? ¿Qué había querido decir? Su único complejo era aquella naricilla aplastada y respingona. Pero, ¿qué tenía esto que ver con su voz? Claro que cantaría... Cantando era cuando se encontraba a sí misma... Cuando incluso los demás parecían olvidar su fea cara.

Cantó mejor que nunca y obtuvo un éxito ruidoso entre los invitados, que sólo entonces se dieron cuenta de su presencia en la fiesta.

—Pero, Hermann, amigo mío —dijo el alto empleado de la Radio—. Su hermana tiene en la garganta una verdadera mina de oro... Nunca había oído cantar estas canciones tan insulsas de un modo tan maravilloso ni tan personal. Me gustaría que cantara en nuestra emisora. ¿Cree que accederá?

Sarah Jane accedió. Sí, cantaría por la radio. ¿Por qué no? Allí, por lo menos, nadie podría ver su cara y las gentes que la oyeran a través de las ondas podrían imaginarla hermosa, muy hermosa, todo lo bella que quisieran. Firmó el contrato con el seudónimo de Jane Durrell, pues su padre no le permitió usar su verdadero apellido. Durante todo el año siguiente viajó por el sur y el oeste de los Estados Unidos, desde Nueva Orleans hasta Denver y Chicago, cantando por las emisoras toda suerte de hot-blues y swings primitivos. Pronto se hizo famosa y su voz era conocida en todos los rincones de la nación. Jane empezó a recibir a diario cartas ardientes de sus admiradores radiofónicos. Al principio estas cartas —en las que casi siempre se le decía que, de acuerdo con su voz, debía ser una mujer muy hermosa— hacían sufrir mucho a Jane. Pero luego, poco a poco, la muchacha fue adquiriendo con-

fianza en sí misma; seguía considerándose fea, pero ya este complejo no la atormentaba como antes. Ganaba un buen sueldo y era bien considerada por sus jefes y por sus compañeros de trabajo, que la distinguían con su simpatía y su afecto. Incluso era capaz ahora de reírse de sí misma. Cuando pasaba en su casa los pocos días que su trabajo le permitía, su madre y sus hermanos no podían dar crédito a sus oídos, oyendo a Jane burlarse y tomar a chirigota su propia fealdad.

—Os aseguro que trabajar en la radio es la cosa más divertida del mundo —solía decirles—. Te pones delante del micrófono, empiezas a cantar... y las gentes que te oyen imaginan que eres poco menos que una Venus... ¡Si vierais las cartas que me escriben! Es para morir de risa. Oid ésta, por ejemplo: «Apreciada miss Jane: todos los días la oigo por la radio y su voz melodiosa y armónica evoca en mí el rostro de una mujer perfecta. Sé que es usted muy hermosa, que su ojos tienen el cálido y suave color del mar, que su tez es aterciopelada como los pétalos de la rosa, que todo su ser irradia feminidad y amor...» ¿Os imagináis la cara que pondrían esos estúpidos si vieran mi nariz aplastada y mi boca de buzón? —añadía, riéndose abiertamente.

Sí, Sarah Jane parecía haberse superado a sí misma... Pero, ¿era realmente sincera? Allá en lo más hondo de su corazón, un poso de amargura seguía atormentándola.

* * *

¿Qué mágico espejismo llevó de nuevo a Jane a Hollywood? Dijérase que aquel nombre (Holly-

wood: que significa nada menos que bosque sagrado) atraía a la joven artista con un poder de hechicería. Pues de tal modo combinó sus contratos y señaló sobre el mapa de los Estados Unidos los itinerarios de giras artísticas en las cadenas de emisoras de Radio, que finalmente fue a dar de nuevo en la ciudad del cine y allí se dispuso a permanecer una larga temporada.

«Apenas me atrevo a confesármelo a mí misma, mamá —escribió poco después a su madre—, pero en realidad, mi permanencia en Hollywood, después de terminado mi último contrato con la emisora de Radio, no obedece sino a mi anhelo de probar de nuevo suerte en los Estudios... Tengo que hacerlo, mamá, si quiero hallar la paz que necesito. Sin embargo, no llamaré, por el momento, a la puerta de ninguna casa productora. Me limitaré a pasear, estudiar, leer... y hacer amistades. Después... Dios dirá».

Ciertamente, ninguna estrella en potencia tan sociable ahora ni tan propicia a la amistad sincera como la simpática Jane. Probablemente aquella falta de belleza, que estuvo a punto de arruinar su carrera artística inspirándole un terrible complejo, fue lo que le proporcionó precisamente tantas amistades femeninas, ya que las otras mujeres no temían su rivalidad ni su competencia. Pero también entre los hombres fue haciendo Jane, a lo largo de su paso por todo el territorio de los Estados Unidos, amistades sinceras y durables, ya que la muchacha poseía un carácter dulce y bondadoso. En los círculos artísticos de Hollywood, su simpatía y su sencillez se abrieron paso inmediatamente. Una de sus amigas

más íntimas era Betsy Kaplan, esposa de un hombre de negocios, que no albergando ninguna clase de inquietud artística, sabía comprender y alentar las aspiraciones de Jane, no abrumándola con mayores complicaciones. Sabía también someterse, como nadie, a las exigencias de tiempo y de circunstancias que rodeaban a la muchacha, y bien relacionada en la ciudad y en los Estudios cinematográficos, fue una gran ayuda para Jane.

Cierto día, tomaban juntas un apetitoso lunch en el Club Sardy, cuando se les reunió William Demarest, personaje bastante destacado en el mundillo artístico y a la sazón con un cargo importante en cierta agencia de negocios teatrales y cinematográficos.

Apenas le fue presentada Jane, quedó cautivado por su gracia y su simpatía.

—Supongo que se encuentra usted en Hollywood contratada por alguna casa productora de películas... —le dijo de buenas a primeras.

Jane se echó a reír de buena gana.

—Desde mi más tierna infancia persigo ese objetivo— declaró con la franqueza que era habitual en ella—, pero hasta la fecha no lo he logrado. Parece haber para ello obstáculos insuperables... —añadió, dirigiendo una mirada maliciosa a su amiga.

—¿Un marido, tal vez? ¿Un novio, acaso?

—No, no... Nada de eso.

—Mi amiga Jane es soltera, William. Y que yo sepa no está enamorada...

—Pero, sin duda, lo estarán de ella. ¿O es que no hay gusto entre los hombres?

—Donde no hay gusto, por lo visto —aclaró Betsy—, es entre los directores de los Estudios

—No comprendo...

—Y sin embargo es bien fácil de comprender —explicó Jane—. Fíjese usted bien en mí... ¿Cree usted que mi nariz puede resultar fotogénica?

Quien ahora se reía y protestaba al mismo tiempo, indignado, era William Demarest.

—Pero la fotogenia no reside precisamente en la corrección de las facciones... No todas las estrellas de la pantalla tienen un perfil griego. Hay cualidades expresivas que valen mucho más que una belleza académica. Y usted es extraordinariamente expresiva. Me di cuenta apenas la vi sentada junto a Betsy. De sus gestos, de sus palabras se desprende una poderosa personalidad. ¿Y acaso la personalidad no es el primer atributo que se requiere para triunfar en la pantalla o en la escena?

Por este camino siguió Demarest alabando el atractivo innegable de la joven a quien acababan de presentarle. Jane y su amiga parecían tomarlo a broma. Sin embargo, al despedirse, William tendió su tarjeta a Jane diciéndole:

—Si algún día le interesa realmente obtener un papel, por lo menos de prueba, en alguna película, no deje de ir a verme.

Jane reía aún, pero su corazón palpitaba con un ritmo más acelerado. Guardó cuidadosamente en su bolso la tarjeta de Demarest y desde aquel mismo instante decidió aprovechar la invitación.

Las cosas se encadenaron entonces como es de rigor en tales casos. Pero al parecer, aún no había sonado la hora triunfal de Jane. Una primera entrevista con Le Roy Prinze, director coreográfico a quien Demarest la recomendó, no tuvo otro resultado que una nueva recomendación de

Le Roy a su director de personal artístico. Este tercer personaje hizo sentar a Jane frente a él en un sillón inundado por la luz de potentes focos que irradiaban sobre el rostro de su visitante. La opinión del director de personal artístico fue tajante... y una vez más, descorazonadora.

—Sin duda es usted una artista interesante en la danza y en el canto... —dijo—. Pero no tiene la menor probabilidad de triunfar en la pantalla. Creo que lo mejor que puede usted hacer es desistir de esa quimera. Su campo de acción está, sobre todo, en la radio... pues su rostro no está de acuerdo con su voz.

Era una manera más de llamarla fea. Decepcionada por este nuevo fracaso, Jane decidió renunciar. La más elemental cortesía, sin embargo, le ordenaba visitar de nuevo a Le Roy Prinze y darle cuenta de lo ocurrido en la entrevista.

—Lo lamento —dijo el director coreográfico—. Tanto más cuanto que su personalidad artística es indudable. William Demarest me habló de usted con enormes elogios y yo estoy de acuerdo con él. Pero, naturalmente, la fotogenia tiene sus exigencias... En fin, yo le ruego que se quede a mi lado como bailarina. Si le parece, mañana a esta misma hora, tendré redactado el contrato correspondiente.

Era un gesto galante. Era un paso ascendente en su carrera de bailarina. Pero no era el ideal que había llevado a Jane a Hollywood. Decidió aceptar, sin embargo... justamente por no apartarse de la ciudad del cine. Una secreta esperanza seguía alentando en el corazón de Jane.

* * *

Había renunciado a entrar por la puerta grande. Pero, ¿y si probara por la pequeña? Los admiradores de la cantante y de la bailarina, los amigos de la muchacha, ignoraron durante mucho tiempo que Jane, casi de riguroso incógnito y con el nuevo nombre de Jane Wyman, había entrado más de una vez por la puertecilla de los extras en los Estudios de la Warner, utilizada sólo para aparecer, de cuando en cuando, ya entre una masa de extras como ella, ya formando parte de un coro o un cuerpo de baile, mostrando su grácil figura o sus lindas piernas... siempre sin decir una palabra, ni ver jamás los focos irradiar sobre su rostro. Y un día, cuando ya ni la propia Jane confiaba en que su suerte cambiase, ocurrió lo inesperado.

Los estudios se hallaban en plena actividad aquella mañana. Un hombre feo, mucho más feo ciertamente que la ignorada Jane, iba y venía, protestaba y daba voces por el «set». Era un actor de teatro llamado Humphrey Bogart, que nunca había llegado a llamar la atención en escena hasta representar cierto papel en la obra «El bosque petrificado», junto a Leslie Howard. Como quiera que el asunto de esta obra dramática —centenaria en uno de los principales teatros de Broadway— había sido elegida para ser llevada a la pantalla, alguien sugirió la conveniencia de que la interpretasen los mismos actores que la habían estrenado en las tablas. Pero, naturalmente, antes era necesaria una prueba ante las cámaras. ¡Habían sido tantos los fracasos de los

actores de la escena al actuar en el «set»! Como «El bosque petrificado» era una película de cierta importancia y el papel que debía desempeñar el actor Hmphrey Bogart de bastante responsabilidad, había gran expectación en torno a la prueba del hombre feo, que por añadidura parecía tener un carácter endiablado. Se prepararon los focos, la claqueta, y cuando se estaba a punto de empezar a rodar la escena de prueba, he aquí que Humphrey interrumpe todos los preparativos.

—Pero, vamos a ver... No querrán ustedes que actúe solo... ¡Eso es absurdo! No creo que vayan a contratarme para recitar monólogos... A mí me es imposible ponerme en situación si no tengo otro personaje enfrente...

—¿Otro personaje? Pero, ¿cuál?

—Lo mismo da. Aunque... una mujer con preferencia. Pero, bueno ¿no hay ahí alguna extra que se preste a hacer la prueba conmigo?

Una figura grácil, un rostro incorrecto pero expresivo, avanzaba como atraído por aquellas palabras hacia el lugar iluminado por los focos. Eran la figura, el rostro de Jane.

—Usted, señorita, haga el favor...

Con extrao-dinaria soltura, sin saber siquiera de qué papel se trataba, con un raro talento para dejar que destacara la figura del actor en prueba oficial, pero dando al mismo tiempo la réplica no como una autómatas, como suele ocurrir en tales casos sino con sensibilidad e inteligencia, Jane desempeñó a las mil maravillas su misión.

Cuando los directivos del estudio vieron la prueba, quedaron tan bien impresionados con la actuación de Humphrey... como con la de aquella desconocida.

—¿Quién es esa muchacha que acompaña a Bogart? —preguntó el director.

—Una extra, señor ...Creo que se llama Jane Wyman. Es bastante fea, ¿no le parece? —repuso el ayudante.

—¿Fea? No sabe usted lo que se dice... Precisamente ese rostro incorrecto revela una sensibilidad y un poder de atracción extraordinarios... ¿Cómo no nos hemos fijado antes en ella? ¡Santo Dios! Cuando estamos rodeados de tanta belleza empalagosa e insulsa, resulta vivificador tropezar con una mujer así ...Además, ¿se ha fijado usted con qué exquisitos modales, con qué desenvoltura se movía? Pronto, dígame que se presente en mi despacho cuanto antes. Hoy estamos de suerte... Creo que hemos dado con dos excelentes artistas: Humphrey Bogart y esa... esa Jane no sé cuantos...

Ahora sí; ahora la puerta grande del Estudio se habría para Jane de par en par. Llamada a la oficina de contratación, se le ofreció un papel en una película interpretada por Carole Lombard y William Powell, dos astros de primera magnitud en aquel año de 1936. No se trataba de un primer papel, ni mucho menos, pero desde la condición de extra a ver su nombre incluido en el reparto, el paso no podía ser más decisivo. Jane Wyman — como desde entonces se llamó para todos — comprendió desde aquel momento, que, al fin, había logrado el objetivo que por tres veces la llevara a probar suerte en Hollywood. Después de aquella primera actuación, la Warner le ofreció un contrato a largo plazo.

De este modo resultaban ciertas las predicciones de su hermano Morney, el adolescente que murió cuando Jane no era más que una niña...

De este modo caían de su base todos los malos augurios, no sólo de sus otros hermanos, sino incluso de los directores de algunos estudios de Hollywood. Jane triunfaba como actriz de la pantalla... a pesar de su naricilla respingona y a pesar de su boca demasiado grande. Y al mismo tiempo triunfaba también como mujer. Ya a nadie se le ocurría decir que Jane era fea. Ni siquiera ella misma se creía ya distinta a las otras mujeres. Y cuando se reunía en los clubs nocturnos con sus amigos y amigas, lucía tan elegante y tan atractiva como cualquiera. ¿Cómo se había operado la transformación? Probablemente, los que la habían conocido antes lo atribuían a la obra de los grandes modistos que ahora la vestían o a la intervención oportuna de los sabios gabinetes de belleza... Pero todo eso era lo de menos. Jane sabía que si existía realmente alguna transformación en su rostro y en su psicología, debía ser más bien a que ahora poseía el mágico talismán de aquella fe en sí misma que, según creyó bir en sueños, le propugnara la voz de su hermano Morney. La fe en sí misma que con su triunfo de artista nacía en el corazón de Jane, la encaminaba también hacia su triunfo de mujer.

* * *

Los primeros años fueron difíciles aún. Sus primeras interpretaciones le dieron prestigio como actriz de comedia. Durante cuatro años Jane fue la hermana, la secretaria, la consejera, la amiga de la protagonista. Trabajaba infatigablemente desde las seis de la mañana, hora en que llegaba a los Estudios ya peinada y maquillada, hasta las

siete de la tarde, en que regresaba a su casa para seguir estudiando. Jamás rechazaba ningún papel porque le pareciera demasiado insignificante, pues en cada actuación encontraba una nueva cosa que aprender. Consideraba que el trabajo cinematográfico era un poco como el arte de la pintura, por el que sentía verdadera pasión:

—No se puede ser un Rembrandt hasta que no se aprende a mezclar bien los colores... — solía decir, cuando alguien la incitaba a rebelarse contra los directivos de su estudio, por no brindarle la oportunidad de demostrar todo su talento interpretativo.

Fueron unos años de disgusto y de decepción, pero siempre la «llama sagrada» que ardía en ella, la sostenía impidiéndole lanzar por la borda todas sus ilusiones. 1940 fue un año feliz para Jane. Obtuvo su primer papel importante en «Días sin huellas», junto a Ray Milland, donde pudo, al fin mostrar su talento dramático, y conoció al hombre que había de hacer vibrar su corazón, hasta entonces huérfano de todo amor verdadero.

Jane siempre había sido tímida en amor, aunque no le faltaban pretendientes. Pero los años en que vivió torturada por el complejo de su fealdad, habían dejado en ella una huella indeleble que la hacía mostrarse retraída apenas se encontraba frente a un hombre.

—No sé lo que me ocurre — solía confesarle a su amiga Betsy —. Parece como si me fuera imposible encontrar al hombre de quien pueda enamorarme... Y cuando encuentro uno que me gusta, resulta que yo a él no le produzco la menor impresión...

Hasta que un día conoció, durante una filma-

ción, a un actor de segunda fila, joven y apuesto, llamado Ronald Reagan. Ronnye la cautivó desde el primer instante; cuando él estaba distraído charlando tal vez con otras mujeres o hablando con los amigos de su cosas, ella se quedaba contemplándole con mirada de sorprendida adoración.

—¿Cómo podría conseguir que Ronnye se fijara en mí? —preguntó cierto día a un compañero de profesión—. No parece gustarle sino tomar cerveza con los amigos... ¡Y yo odio la cerveza!

Sin embargo, ¿de qué no será capaz una mujer enamorada? Jane aprendió a beber cerveza y llegó a gustarle incluso. Ronnye, que al principio sólo había demostrado por Jane una deferencia respetuosa, empezó a interesarse seriamente por aquella mujercita de rostro irregular. ¡Había tanto candor en aquellos ojos! ¡Y tanto amor en su mirada!

—Jane, por lo que más quieras... no me mires así. No puedo soportarlo...

—Pero, Ronnye, querido... No comprendo lo que quieres decir. Te miro... de la única forma que sé mirar...

—Es que... ¡Oh, Jane! creo que me estoy enamorando de ti... No sé lo que me ocurre contigo... Cuando estás a mi lado, no puedo soportar esa mirada tuya de adoración... Cuando no te tengo junto a mí, me siento el hombre más desgraciado de la tierra.

Fue aquel un amor serio y profundo que apenas si trascendió a las gacetillas y ecos indiscretos de las revistas y periódicos cinematográficos. Ciertamente que Jane no permitía la menor intromisión en su vida privada; si alguien quería verla saltar hecha una fiera, no tenía más que hacerle algu-

na que otra pregunta indiscreta. Sólo los amigos más íntimos de los enamorados tuvieron noticia de su idilio. Fueron unos meses de dicha absoluta para Jane, quien ya no desconfiaba de su aptitud para la felicidad. Y cuando se casaron, lo hicieron en la mayor intimidad.

Su luna de miel fue perfecta; artistas de la pantalla ambos, sus respectivas carreras artísticas parecían inseparables de su perfecta vida conyugal. Ronnye la adoraba como mujer y la admiraba como artista. Jane avanzaba rápidamente hacia la fama. ¿Una estrella? Sí, una estrella presidía ya la puerta de su camerino en los estudios. A raíz de su interpretación en «Días sin huellas», la Metro Goldwyn Mayer la solicitó para un papel importante en «El despertar», junto a Gregory Peck, película que reveló su gran talento dramático y con la que, realmente, se consagró.

William Demarest no se había equivocado al predecir las grandes posibilidades artísticas que había en Jane. Simplemente, los directores de Hollywood tardaron algunos años en descubrirlas. Pero Jane era ahora una estrella en todo su esplendor. Una estrella, sí, pero también una esposa enamorada y feliz. Su unión con Ronnye era todo lo perfecta que ella había soñado. La llegada al hogar de dos preciosos chiquillos, Maureen y Michael, había completado el profundo amor que les unía. Una única nube velaba un tanto su felicidad: la pasión que sentía Ronnye por la política. Ella sabía bien lo que era la política; no en vano su padre le había dedicado los mejores años de su vida.

—Ronnye, querido, me disgusta que te apasionen de ese modo... Mi padre hacía lo mismo... y

el pobre enfermó de los disgustos. ¡Hay tantas cosas hermosas de qué apasionarse en la vida! Nuestros hijos, por ejemplo...

—Calla, mujer, tú no entiendes de estas cosas...

Jane hubiera querido decirle que sí entendía, que sabía muy bien a dónde podía llevarles aquella pasión desmedida por los juegos de la política... pero tenía miedo de ser ella misma quien precipitara las cosas. Y prefería callar, aceptar las opiniones de Ronnye, esforzándose incluso por compartirlas. Consideraba que una buena esposa no debe tener otros pensamientos ni otros ideales que los de su marido. Estaba dispuesta a luchar por su felicidad con tanto ahínco como luchó por triunfar en la vida artística. Un brillante porvenir en el cine y un hogar feliz, eran los firmes pilares en que se asentaba ahora la vida de aquella muchacha, sencilla y fea, que se llamó Sarah Jane Fults.

Y entonces, ocurrieron cosas inesperadas. Entonces ocurrió, ante todo y sobre todo, que Jane personificó a «Belinda».

* * *

Fue la propia Jane, entusiasmada con el guión, la que solicitó personalmente la actuación de este papel. El personaje era totalmente nuevo en el cine: tratábase de una muchacha muda que vivía al margen de los seres humanos, soportando el ultraje de los que se aprovechaban de su inferioridad mental y física. Un personaje difícil, que requería una gran fuerza dramática y que pocas actrices se hubiesen atrevido a interpretar. Pero

Jane era valiente y sabía hasta dónde podía llegar si se lo proponía... y le daban una oportunidad. Había estado esperando este momento durante los diez años que llevaba en Hollywood... Por nada del mundo lo dejaría escapar.

Se le hicieron las pruebas necesarias, pero no resultaron como el estudio y el productor deseaban. Jane no cedió. Comenzó a asistir a una escuela de sordomudos, a fin de identificarse y asimilar más directamente las reacciones de estos desdichados. Pero tampoco se obtenía de ella cuanto se esperaba de la protagonista. Hasta que un día, cuando ya Jane desfallecía, uno de los ayudantes del director dio en el clavo:

—Perdone, mister Negulesco... Creo que ya he descubierto en qué consiste el fallo. No es que miss Wyman no sea capaz de interpretar el papel como usted desea. Lo que ocurre es, sencillamente, que puede oírnos a nosotros... Eso le resta expresividad al rostro... No olvidemos que la protagonista es sordomuda...

¡Naturalmente, cómo no se les había ocurrido antes! La estrella no hablaba porque así lo exigía su papel de muda... pero sí oía, puesto que era una persona completamente normal. Se ideó entonces aplicarle a los oídos unos tapones de cera, con los cuales quedara sorda... Y la diferencia en el trabajo se advirtió inmediatamente. Su mirada reflejó la ansiedad de la persona que busca en cada rostro la interpretación de lo que no puede percibir...

La película era sumamente difícil para la protagonista... No tenía ningún diálogo... Era, pues, como si una actriz del cine mudo actuase en medio de otros personajes del cine hablado. Sólo

el rostro podía reflejar la gama de expresiones que siempre ayudan a dramatizar las palabras. Fueron unos meses de trabajo agobiador para Jane. Llegaba a su casa moralmente destrozada por la tensión nerviosa y emocional a que debía someterse durante los ensayos. Ronnye le censuraba ese entregarse en cuerpo y alma a una simple interpretación escénica «como otra cualquiera», decía.

—Tú no puedes comprenderlo, Ronnye... Este papel es lo que he estado esperando toda mi vida... Y tengo que meterme en él hasta conseguir una interpretación perfecta y única... Todos los esfuerzos que haga para lograrlo, me parecerán pocos...

—¿No te ayuda Lew Ayres, tu oponente en la película?

—¡Por Dios, Ronnye! ¿Qué insinúas?

—Sólo lo que todo el mundo anda diciendo por ahí... Parece que Lew no te deja ni a sol ni a sombra... —repuso Ronnye, con amargura.

—Es absurdo, querido. Lew es un excelente compañero de trabajo. Me ayuda mucho en mi tarea, pero nada más.

Estas murmuraciones, que fueron haciéndose cada vez más intensas a lo largo de la filmación, sus relaciones cada vez más tirantes con Rennye y la tensión nerviosa a que vivía sometida, descorazonaron a Jane, que tuvo momentos de desmayo y de desesperación, creyéndose incapaz de salir adelante en aquella lucha al parecer más fuerte que sus posibilidades... Pero su afán de estudio y su innato talento, así como la rectitud de su vida de mujer, se impusieron. Logró dominarse, desprenderse totalmente de su personalidad

y crear el extraordinario personaje, con tal verismo y tal fuerza dramática... que le valió nada menos que el premio a la mejor interpretación del año, el tan codiciado Oscar.

El día que lo recibió, en el escenario del Teatro de la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas, de manos de Ronald Colman, el ganador del año anterior, su emoción era tan evidente que apenas pudo pronunciar unas palabras:

—¡Soy tan feliz que ni siquiera puedo pensar —dijo, mientras las lágrimas asomaban a sus ojos. Luego, serenándose y sonriendo maliciosamente, añadió: —Acepto muy agradecida este premio que se me otorga por mantener, siquiera por una vez, la boca cerrada... ¡Creo que lo volveré a hacer!

Una salva de aplausos recibió el chiste de la estrella, con el cual aligeró la solemnidad del tributo. Pues así es el carácter de Jane: una mezcla de humor y sensibilidad extremadas, de profundidad revestida de franca y cordial ligereza. Una vez más identificada hondamente con el personaje que tenía que representar en la pantalla, con la muchacha triste y apocada, cuya desesperanza debía hacer llegar a los espectadores, Jane se había sentido tanto más infundida de la psicología de su heroína, cuanto que, a través de ella, volvía a sentirse tal como había sido en su adolescencia: una chiquilla tímida, acuciada por el complejo de creerse desprovista de todo atractivo, inferior a sus amigas y compañeras, incapaz de labrarse por sí misma ni un camino hacia el amor ni una relevante personalidad.

Y ahora llegaba todo junto a la vez. Dijérase que desde el fondo de aquella «Belinda» tan magistralmente interpretada por la actriz, la niña

tímida y huraña había sido premiada ahora con el logro de la máxima gloria, todas las penas calladas, toda la amargura escondida en los días lejanos de su primera juventud. El triunfo era completo. Jane Wyman, gracias a su talento y su sensibilidad, quedaba victoriosa en toda línea.

* * *

De ello se alegraron todos cuantos la amaban. Todos... menos uno, aquel de quien más había aguardado Jane una palabra de aliento, de felicitación. Ronnye pareció llevar bastante a mal el éxito ruidoso de su esposa. Alguna frase de impaciencia se le escapó delante de los periodistas:

—Me casé gustoso con una actriz; nunca pensé unirme a una estrella de primera magnitud. ¡Es tan molesto! Además, parece como si la sombra de «Belinda» se hubiera metido en nuestra casa... Hace meses que no oigo más que ese nombre a todas horas: «Belinda», «Belinda».

¿Despecho del actor mediocre frente a una gran actriz? ¿Celos profesionales? ¿O, simplemente, celos...? El nombre de Lew Ayres sonó repetidas veces en las habitaciones del hogar de los Reagan. Las querellas matrimoniales se agravaron y la hora de la ruptura absoluta llegó.

Cuando se presentó ante el juez, con sus grandes ojos oscuros empañados de lágrimas, Jane dijo simplemente:

—Me divorcio por diferencias ideológicas... La política nos ha separado.

Y se negó a hacer ninguna clase de declaraciones. Ofendida por las falsas conjeturas que se cernían en torno a ella, prefirió no defenderse.

Durante algunos años vivió sentimentalmente desamparada, entregándose con ardor al trabajo y al cuidado de sus hijos, que habían quedado bajo su custodia. Después del éxito de «Belinda», Jane volvió a la comedia, interpretando «Un beso en la oscuridad» con David Niven y «La ciudad mágica» con James Stewart. Después, se trasladó a Londres para trabajar a las órdenes de Hitchcock. A su regreso, siguió alternando en sus interpretaciones drama y comedia. En el campo dramático fueron muy elogiadas por la crítica mundial sus actuaciones en «El zoo de cristal», «El velo azul» y «La historia de Will Rogers», película sobre la vida del famoso cómico norteamericano, en la que actuó al lado del hijo del propio actor, que interpretaba en la pantalla el rol de su difunto padre. Sus talentos musicales y coreográficos la llevaron también a actuar en films musicales, junto a Bing Crosby en «Aquí viene el novio» y en «Sólo para ti».

Fue durante el rodaje de este último film cuando Jane conoció a Fred Karger, pianista, compositor y supervisor musical de los Estudios. Fred era un muchacho tranquilo, algo más joven que Jane, enamorado de la vida y de la música. Jane había ocultado a todos los meses dolorosos transcurridos después de su divorcio de Ronald; había ocultado a todos que se sentía sola, desamparada y que tenía una gran necesidad de amar... El cariño por sus hijos no llenaba totalmente su vida de mujer todavía joven... Cuando conoció a Fred estaba a punto de caer en la más espantosa locura... Su amistad con el muchacho la enseñó a mirar la vida bajo otro aspecto, haciéndola recuperar las fuerzas necesarias para normalizarse.

De nuevo, las piezas del rompecabezas que se habían desordenado recuperaron su posición. La voz que durante tanto tiempo permaneció silenciosa y que fuera para Jane su más querido recuerdo, volvió a hablar desde el más allá para aportarle su reconfortante apoyo. Esto ocurrió el primer día que Fred y Jane cenaron juntos en un pequeño restaurante italiano, en las afueras de Hollywood, y descubrieron que se amaban...

—Es inútil que intentemos ocultárnoslo a nosotros mismos, Jane —dijo Fred, decidido—. Te quiero con locura... y tú también me quieres a mí... ¿A qué aguardar más?

Jane vacilaba, sin embargo. Aquel segundo matrimonio le daba miedo. Fred era más joven que ella; sus amigas no perdieron ocasión de recalárselo y de aconsejarla que no se uniera a un hombre que estaba muy por debajo de ella... Esto era cierto; Jane figuraba ahora como una de las más rutilantes estrellas de la constelación hollywoodense, mientras que Fred era un modesto director de orquesta, casi un desconocido. Este desnivel, unido también a la diferencia de edad, podía ser fatal para la muchacha. Pero Jane necesitaba desesperadamente sumergirse en un nuevo amor: no podía seguir soportando la soledad. Fred le gustaba y le atraía, sobre todo porque le parecía ver en él al hombre que más se asemejaba a Morney, su hermano adorado. Y se casó con él, casi por sorpresa, el 2 de noviembre del año 1952.

¿Por qué se casó con él tan súbitamente? Ni siquiera Betsy, su amiga más íntima, fue capaz de explicárselo. Los malintencionados dijeron que había influido mucho en la decisión de Jane el hecho de que Ronnye, que había vuelto a casarse

con Nancy Davis, acababa de hacer unas declaraciones a la prensa proclamándose el hombre más feliz del mundo. ¿Seguía Jane enamorada de Ronnye? Jamás se lo dijo a nadie; pero los ocho años de felicidad que pasó junto a él pesaban grandemente sobre su ánimo; estaban, además, los niños: Maureen y Michael, recordándole constantemente con su presencia la felicidad perdida.

No fue feliz con Fred. Muy pronto se dio cuenta Jane de que tampoco era él el hombre que su alma buscaba. Incapaz de fingimientos, leal y sincera siempre, Jane pidió el divorcio poco tiempo después de casada.

Ahora Jane vive sola con su dos hijos, que le ocupan todo el tiempo libre que le deja su trabajo. Maureen es ya una bonita adolescente de catorce años y Michael un travieso chiquillo de diez. Juntos forman un delicioso trío, perfectamente unido. Rodeada de sus pinturas (su selección es una de las más importantes de Hollywood) Jane tiene tiempo todavía de escribir argumentos para ballet y soñar, soñar infatigablemente, como cuando era niña, con la felicidad eterna... con la felicidad que, tal vez, ella misma dejó escapar de sus manos.

Así es JANE WYMAN

En cierta ocasión le pidieron que definiera el matrimonio, y ella repuso:

—Pues, desgraciadamente, creo que con mucha frecuencia el matrimonio es la unión de dos personas, una de las cuales nunca recuerda los cumpleaños y la otra nunca los olvida.

En cierta ocasión, Jane recibió la visita de una mujer cuyo aspecto dejaba bastante que desear en cuanto a limpieza. Para colmo de males, la mujer iba acompañada de un perrito perrazo que no hacía más que saltar alegremente sobre la actriz. Algo molesta, Jane preguntó:

—¿No tiene pulgas el perro?

Y repuso la otra tranquilamente:

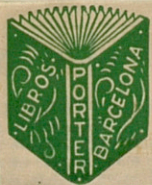
—Sí, pero sin exageración. Como usted y como yo...



Montañola

¡Está

GLENN
veló en l
cuencia d
pel, obtu
clusivame



venta!

or que se re-
Como conse
en este pa-
terprelar ex-
espués de su
matrimonio con la actriz Eleanor Powell,
ella ha abandonado su trabajo ante las cá-
maras y su personalidad artística para con-
vertirse, simplemente, en la señora Ford.



JOSEPH COTTEN. — Hijo de un oficial de correos, sintió muy pronto el ansia de ser actor. El camino era difícil y lleno de obstáculos, por lo que, aun en contra de su voluntad, tuvo que convertirse en fracasado comerciante y en agente de publicidad. Poco a poco, fue introduciéndose en el mundo de la escena, escalando incansablemente el encumbrado lugar que ahora ocupa. Es un hombre feliz al lado de Leonore Kip, su primera y única esposa.



LANA TURNER. — La estrella eternamente enamorada, tuvo una infancia pobre y difícil, agravada por la tragedia del asesinato de su padre. Su original e inesperado descubrimiento para el cine y el escándalo originado por su «sweter», le dan fama y riqueza, pero ella ha buscado siempre la felicidad a través del amor, casándose cinco veces —dos de ellas con el mismo hombre—, y pasando por breves idilios con astros tan relevantes como Tyrone Power y Fernando Lamas.



¡Están a la venta!

VITTORIO GASSMAN - Shelley Winters le calificó de «calculador y egoísta», afirmando que se había casado con ella sólo por interés, ya que a su lado le sería fácil conseguir un ventajoso puesto en Hollywood. La biografía de Gassman es la apasionante historia de dos amores que no consiguieron hallar un recinto de paz.



KIRK DOUGLAS.—Un hombre duro que ha tenido que abrirse paso a puñetazos. Trabajando como camarero y boxeador pagó sus estudios en la universidad y en la escuela de arte dramático. Diana Dill, la compañera de juventud con la que contrajo matrimonio, no consiguió hacerle feliz. Kirk es el prototipo de hombre tenaz y luchador incansable.



JOAN CRAWFORD.—Lucha contra la miseria y la adversidad en su juventud, fregando platos y sirviendo mesas. Cuando consigue alcanzar un primer puesto en el cine, se ve amenazada por el escándalo de un pasado en los escenarios de «burlesque». Douglas Fairbanks, Franchot Tone, y Philip Terry, representan para ella tres matrimonios sin éxito.

